

Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM
Apoyo para la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Ordinario 15 – Julio 15 de 2007

Cómo hacerse prójimo del necesitado:
La praxis de misericordia del Buen Samaritano
Lucas 10, 25-37

*“Tenía como prójimos los sacerdotes y levitas
y como extraños a los samaritanos.
Pero los prójimos pasaron de largo
y fue el extraño quien se aproximó”*
(San Agustín)



“Vete y haz tú lo mismo”

Comencemos orando:

*“Señor, cuando tenga hambre, dame a alguien que necesite comida.
Cuando tenga sed, mándame a alguien que necesite bebida.
Cuando tenga disgusto, preséntame a alguien que necesite consuelo.
Cuando esté pobre, ponme cerca de alguien necesitado.
Cuando alguien me falte, dame la ocasión de alabar a alguien.
Cuando esté desanimado, mándame a alguien a quien tenga que darle ánimos.
Cuando sienta la necesidad de comprensión, mándame a alguien que necesite la mía.
Cuando tenga necesidad de que me cuiden, mándame a alguien que tenga que cuidar.
Cuando piense en mi mismo, atrae mi atención hacia otra persona”*

(Madre Teresa de Calcuta)

Introducción

Una vez que el evangelista Lucas nos ha presentado el tema de la misión (ver evangelio del domingo pasado), nos introduce enseguida –en el marco de la subida de Jesús a Jerusalén- en tres distintivos de aquel que ha entrado en el camino de Jesús en calidad de discípulo. Tres características del discipulado nos plantea Jesús hoy y en los próximos dos domingos:

- (1) El ejercicio de la misericordia: el discípulo se distingue por el amor al estilo de Jesús (10,25-37).
- (2) El ejercicio de la escucha: la acogida de Jesús implica escucharlo en calidad de Maestro (10,38-42).
- (3) El ejercicio de la oración: la escucha introduce en la relación con Dios Padre a la manera de Jesús (11,1-13).

Nos detenemos hoy en la primera característica: el ejercicio de la misericordia debe ser un rasgo distintivo e indiscutible de un discípulo de Jesús.

Para profundizar en esto leemos uno de los relatos más impresionantes y conocidos de todo el Evangelio: la Parábola del Buen Samaritano; un relato que pone en crisis la mediocridad de nuestra capacidad de amar.

La parábola está enmarcada por el diálogo entre Jesús y un experto en la Ley, de manera que hay que mirar el conjunto en sus tres partes:

- (1) Primera parte del diálogo de Jesús con el legista sobre el mandamiento principal, el del amor (10,25-29)
- (2) La parábola del Buen Samaritano (10,30-35)
- (3) Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista donde se concluye cómo se ejerce el amor al prójimo (10,36-37)

Abordemos el texto con atención.

1. Primera parte del diálogo de Jesús con el legista: “¿Qué debo hacer...?” (10,25-28)

Todo comienza con la pregunta, en principio maliciosa, del experto en la ley: “*Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?*” (10,25). Este otro maestro está interesado en la vida eterna; él sabe que ésta es un don de Dios pero que hay que ganarse el cielo. Él está interesado en una respuesta práctica: “*¿Qué tengo que hacer...?*”.

Verdaderamente una pregunta estimulante. El legista sabe mirar más allá de los intereses cotidianos, sabe que la vida no termina con la muerte, que su existencia está destinada a una vida eterna. Detrás de esta inquietud, entonces, hay un gran sentido de responsabilidad.

Sobre el trasfondo de que la vida eterna es la realidad decisiva, viene entonces la respuesta de Jesús. Si no se siente responsabilidad con el Dios viviente, entonces será igualmente indiferente lo que se haga o deje de hacer en el camino de Jericó.

Jesús entonces le devuelve la pregunta poniendo la mirada directamente en el querer de Dios: “*¿Qué está escrito en la Ley?*” (10,26). La respuesta es la esperada: la responsabilidad con Dios (“*Amarás al Señor tu Dios con todo...*”) está unida a la responsabilidad con el prójimo (“*y a tu prójimo como a ti mismo*”; 10,27).

Entonces los dos, Jesús y el legista, quedan de acuerdo en el mismo punto: es absolutamente necesario amar a Dios y al prójimo en la vida presente, y este es el punto de partida para la comunión de vida en la eternidad. Jesús lo dice abiertamente: “*Haz eso y vivirás*” (10,28).

Pero surge un nuevo problema: “*Y, ¿quién es mi prójimo?*” (10,29).

2. La parábola del Buen Samaritano: “¿Quién es mi prójimo?” (10,30-35)

Se abre un gran paréntesis que ofrece las pistas para la respuesta a la pregunta: “*¿Quién es mi prójimo?*” (10,29), es lo mismo que decir: ¿Quién hace parte del grupo de personas a quienes debo amar como a mi mismo?

Veamos la parábola que le expuso Jesús:

2.1. La situación: un hombre en extrema necesidad en medio de un camino rodeado de desierto (10,30)

“*Un hombre... bajaba de Jerusalén a Jericó*” (10,30a).

Nos encontramos en una ruta que une dos ciudades importantes, por ella pasaban habitualmente muchos peregrinos que venían o regresaban de Jerusalén. El camino atraviesa un escarpado desierto, peligroso además por su inseguridad; continuamente aparecían delincuentes que aprovechando esta geografía asaltaban las caravanas o los viajeros solitarios. Efectivamente esto último es lo que sucede.

“*Un hombre... cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto*” (10,30b).

La desgracia de este viajero es triple: (1) le roban todas sus pertenencias (literalmente “*lo desnudaron*”); (2) lo golpean brutalmente dejándolo en grave situación (literalmente “*medio muerto*”); y (3) lo abandonan a su suerte en un lugar descampado, en medio del desierto, sin posibilidad de ayuda inmediata.

Peor no puede ser la situación: está en extrema necesidad, su vida está en juego y no tiene la más mínima posibilidad de valerse por sí mismo para salvarse, depende completamente de la ayuda y la buena voluntad de los demás.

Hasta aquí estamos ante una situación más o menos común, que una persona esté necesitada de ayuda y que quien le tienda la mano se hace su prójimo, no es una verdadera novedad. Sin embargo el punto más grave no ha sido contado, ayudar a este hombre implica: (1) poner en riesgo la propia vida, ya que detenerse es exponerse al mismo peligro y (2) ser capaz de cambiar los planes personales de viaje (¡en pleno desierto!). El tipo de compromiso que exige la ayuda a este hombre se sale de lo habitual.

2.2. Los dos primeros viajeros pasan de largo (10,31-32)

Los primeros chances de ayuda en el camino solitario, dejan ver no sólo la difícil situación en la que se encuentra el hombre herido sino también lo que implica ayudarlo. Éstos prefieren seguir de largo:

“Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo” (10,31-32).

Como lo destaca la narración, el hecho es que ellos “ven”, pero cuando se percatan de lo que implica el ayudarlo optan por seguir en su comodidad personal se desvían un poco (literalmente en griego: *“pasar por el otro lado de la vía”*; hoy: “cambiar de acera”) y pasan de largo.

¿Quiénes son estos dos que no le tienden la mano al moribundo abandonado?

Que se diga expresamente que el primero en negar la ayuda sea un “sacerdote” es grave. Probablemente sea uno de estos sacerdotes, estilo sacerdote Zacarías (ver Lucas 1,8-9), que después de prestar su servicio sacerdotal en el Templo regresaba a su casa ubicada en otra población (era lo habitual; ver el caso de Zacarías en 1,23). De hecho, hoy sabemos que Jericó era una de las ciudades que más tenía casas de sacerdotes.

El levita pertenecía a una categoría sacerdotal inferior, pero era miembro de una prestigiosa elite en la sociedad judía de la época. Los levitas eran los responsables del esplendor de la liturgia y de la vigilancia en el Templo. Eran muy respetados.

¿Por qué no prestan ayuda?

Hay diversas explicaciones: (1) en caso de que hayan pensado que el hombre ya estuviera muerto: para evitar la impureza por el contacto con el cadáver; (2) para no exponerse también a ser asaltados (como quien dice: mejor seguir ligerito); (3) porque la situación era tan grave que no se sentían en condición de poder ayudarlo, las consecuencias para la economía personal eran grandes.

Cualquiera que sea la razón, el hecho es que estos dos hombres que pasan al lado del herido son incapaces de un acto de amor que implique riesgos y para ello encuentran buenas excusas. Es todo lo contrario de lo que Jesús hacía: para salvar a un hombre no tenía barreras, si era preciso violaba incluso la ley del sábado (ver 6,9).

La parábola deja entender que tanto para el sacerdote, como para el levita, la preocupación por su propia seguridad y por la realización de los planes que llevaban en mente, resultó más fuerte que la compasión por este hombre agonizante y abandonado a su suerte en el camino. Para ellos el “*amor al prójimo*” no es “*como a sí mismos*”.

2.3. La mano tendida de un enemigo: el buen samaritano (10,33-35)

Frente a las dos ayudas negadas, dos ocasiones perdidas, cobra mayor relevancia la buena acción que realiza el tercer viajero: un samaritano. Él actúa de modo ejemplar: pone todos sus intereses personales (su tiempo, su cómoda cabalgadura, sus escrúpulos, su dinero) en un segundo plano y se concentra totalmente en la salvación de la vida del herido en el camino. El samaritano no ve otra cosa que la necesidad del hombre que está sangrando en el suelo.

¿Quién es este personaje?

“Pero un samaritano que iba de camino...” (10,33a)

Como se ha dicho, se trata de un “samaritano”. Para los hebreos solamente los miembros de la misma raza eran considerados “prójimo” y sólo a ellos se aplicaba la obligación de “amar como a sí mismo”. Pero el que aquí aparece no es judío. Más aún, desde el punto de vista judío era considerado como enemigo.

Por razones históricas, en aquellos tiempos las relaciones entre ellos no eran buenas, como de hecho ya comprobamos cuando leímos 9,53, cuando –subiendo a Jerusalén– Jesús pasó por Samaría: *“Pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén”* (o como se dice en el evangelio de la samaritana: *“¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? –Porque los judíos no se tratan con los samaritanos–”*; Juan 4,9).

Cuando en la parábola se menciona al “samaritano” inevitablemente viene a la mente la enseñanza sobre la ayuda al enemigo, que Jesús le había predicado solemnemente a sus discípulos en el Sermón de la Llanura: *“Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian”* (6,27).

¿Qué hace el samaritano?

El samaritano *“llegó junto a él y al verle tuvo compasión”* (10,33b)

Él *“tuvo compasión”*. La conmoción interna que siente frente al herido es similar a la de Jesús frente a la viuda de Naím en el funeral de su único hijo (ver 7,13) o a la del papá cuando ve regresar a casa a su hijo disoluto (ver 15,20). El dolor del moribundo del camino se le entra hasta su propio corazón.

Esto nos recuerda los mejores momentos de la profecía de Oseas, cuando describe el corazón de Dios: *“Mi corazón se agita dentro de mí, se estremece de compasión”* (11,8b).

Este sentimiento violento de amor genera enseguida responsabilidad ante el caído. Siete gestos concretos muestran cuál es –en este caso- el *“hacer”* propio de la misericordia (10,34-35):

- (1) Se acercó.
- (2) Vendó sus heridas, curándolas con aceite y vino.
- (3) Lo montó sobre su propia cabalgadura.
- (4) Lo trasladó a una posada.
- (5) Cuidó personalmente de él.
- (6) Pagó la cuenta de la primera noche de posada y dejó un anticipo (que es suficiente para muchos días) para los nuevos gastos que va a implicar su cuidado.
- (7) Se mostró disponible para seguir respondiendo por él.

Notemos cómo la ayuda tiene tres momentos: (1) asistencia inmediata (las acciones No.1-2-3); (2) el cuidado más de fondo (Las acciones No.4-5-6) en vista de la total recuperación; (3) la responsabilidad permanente (la acción No.7): el samaritano espera volver a verlo y está dispuesto seguir con la mano tendida si fuera del caso. El buen samaritano no es un asistencialista, él se compromete con la recuperación total.

El comportamiento del buen samaritano quizás se repetirá más de una vez, porque como él mismo anuncia: volverá por la misma ruta (ver 10,35b).

Así termina la parábola, pero no el diálogo de Jesús con el legista...

3. Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista: “Vete y haz tú lo mismo” (10,36-37)

Llegamos a la aplicación de la parábola.

En la pregunta del legista *“¿Quién es mi prójimo?”*, estaba implícita la idea de que hay límites en el amor: ¿a quién es que debo amar y con quién es que no tengo obligación?

Jesús retoma la cuestión y lleva a su interlocutor a sacar él mismo la conclusión: *“¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: El que practicó misericordia con él”* (10,36-37a).

La respuesta es clara: no se puede trazar un límite preciso, debo hacerme prójimo de todo el que necesite de mí no importa cual sea su apellido, su edad, su género, su condición social, su religión.

Pero notemos que en la pregunta, Jesús hace caer en cuenta que “prójimo” no es el otro sino yo mismo en cuanto *“me hago prójimo”*. *“¿Quién fue prójimo (ó se hizo prójimo) del que cayó en manos de los salteadores?”*. Como puede verse Jesús le invirtió la pregunta al legista: no es *“quién es mi prójimo”* sino *“de quién tengo que hacerme prójimo”*. El buen samaritano no se preguntó si el herido era su prójimo sino que efectivamente él se hizo prójimo de su enemigo.

Jesús nos invita a ampliar los horizontes de nuestras relaciones y de nuestro compromiso. De esta manera no se admiten evasivas ni excusas -ni que sean teológicas- (recordemos que el legista primero quería poner a Jesús *“a prueba”*, 10,25a, y luego quería *“evadirse”*, 10,29a) para ponernos a hacer el bien.

El evangelio del buen samaritano nos coloca ante una nueva perspectiva: ya no hay que preguntar *“¿hasta qué punto ya no tengo compromiso?”*, porque no es el grado de parentesco ni la simpatía lo que determina hasta dónde debo extender mi mano para ayudar, sino la situación de necesidad real en la que la otra persona se encuentra.

En otras palabras, cualquier persona que se encuentre en mi camino y que esté pasando necesidad, él es el prójimo al cual le debo abrir mi corazón y prestarle auxilio, así esto implique desacomodar mis esquemas personales. El necesitado es el lugar donde tengo que estar amando, el lugar donde mi apertura de corazón es el primer paso del amor que sabe a vida eterna.

Mientras leemos hoy el relato del buen samaritano dejemos que repique constantemente en nuestra mente y en nuestro corazón el imperativo de Jesús: *“¡Haz tú lo mismo!”*.

4. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“¿Y quién es mi prójimo?”. Pensaba que el Señor le iba a decir: ‘Tu padre y tu madre, tu esposa, tus hijos, hermanos y hermanas’. Pero no fue así que le respondió. Por el contrario, queriendo aclarar que todo hombre es prójimo de todo hombre, le respondió con un cuento.

‘Cierta hombre’, dijo. ¿Quién? Cualquiera, pero hombre. ¿Quién es, pues, ese hombre? Una persona cualquiera, pero una persona humana. ‘Descendía de Jerusalén para Jericó y cayó en manos de ladrones’. Aquí se llama ladrones a los mismos que nos persiguen. Herido, despojado, abandonado medio muerto en el camino, fue despreciado por los transeúntes, por un sacerdote, por un levita. Pero un samaritano que pasaba por allí, se fijó en él. Se acercó a él, con todo cuidado lo cargó en su burro, lo llevó al hospedaje, mandó que le ofrecieran cuidados y pagó los gastos.

Al que le había preguntado, se le pregunta ahora quién había sido el prójimo de aquel hombre medio muerto. Porque dos lo habían despreciado, precisamente sus prójimos, llegó el extraño. Aquel hombre, siendo de Jerusalén, tenía como prójimos los sacerdotes y los levitas y como extraños a los samaritanos. Pero los prójimos pasaron de largo y fue el extraño quien se aproximó.

¿Quién era, entonces, el prójimo de este hombre? Di, tu que interrogabas diciendo ‘¿Quién es mi prójimo?’. Ahora ya responde la verdad. Había sido la soberbia la que preguntó, que hable ahora la naturaleza. ¿Qué dices entonces? ‘Pienso que fue aquel que usó misericordia con él’. Y el Señor le replicó: ‘Vete y haz lo mismo tú también’”.

(San Agustín, Sermón 299D, 2)

5. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

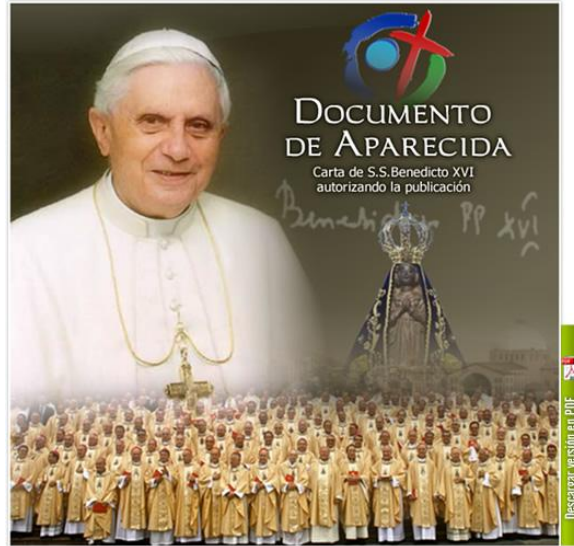
¡Hay tantas personas que han caído en los caminos de Jericó de nuestras grandes ciudades, poblados y campos! ¡Hay tantos rostros empobrecidos y moribundos esperando que nos hagamos su prójimo!

1. Leo cuidadosamente la parábola del Buen Samaritano y la reconstruyo paso a paso deteniéndome en las frases que más me llegan.
2. ¿Cuáles son las personas de mi entorno que más necesitan de mí y a quienes algunas veces he negado mi ayuda oportuna? Si es posible las identifico con el nombre. ¿Qué ayuda me pide cada una de ellas? ¿Cómo me haré prójimo de ellas?
3. ¿Alguna vez he actuado como el sacerdote o el levita y siendo consciente de alguna necesidad, he preferido “hacerme el de la vista gorda”? ¿Por qué lo he hecho?, ¿Qué he sentido después?, ¿Qué propósitos me he hecho o me hago hoy al respecto?
4. Recuerdo la última vez que actué como el buen samaritano. ¿Con quién fue?, ¿Qué hice?, ¿Qué intereses y necesidades personales pasaron a segundo plano?, ¿La mano que tendí esa vez fue sólo de momento o aún hoy continúo brindando mi ayuda generosa?
5. Como comunidad, familia, grupo, ¿Qué nos proponemos hacer concretamente para actuar como el buen samaritano?

Dediquemos un espacio de nuestro tiempo, podría ser una tarde, para ir a algún lugar donde haya alguna persona o grupo de personas que nos necesiten y brindémosles nuestra ayuda. Y ¿por qué no hacerlo periódicamente?

P. Fidel Oñoro C., cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1
En sintonía con la Conferencia de Aparecida



“Como discípulos y misioneros estamos llamados a intensificar nuestra respuesta de fe y a anunciar que Cristo ha redimido todos los pecados y males de la humanidad (...)

La respuesta a su llamada exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5, 29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26)”.

(Documento Conclusivo de Aparecida
No. 149 y 150)

Los invitamos a visitar www.celam.info

Anexo 2

Pistas sobre las otras lecturas del Domingo

Primera Lectura: Deuteronomio 30,10-14

El libro del Deuteronomio se presenta como el gran discurso de adiós de Moisés a su pueblo. Moisés invita a su pueblo a poner en práctica la Ley –las Palabras de Vida- que Dios le dio en el monte Sinaí cuando sellaron la Alianza. Él les advierte que la ruptura de la Alianza con Dios tiene graves consecuencias: la destrucción del país en la deportación, el exilio. Pero también avisa que cuando sucedan estas cosas, el pueblo reflexionara, “sentará cabeza”, y regresará a su Dios; y Dios les perdonará manifestándoles su ternura.

Cuando este texto se redactó finalmente, estas palabras puestas en boca de Moisés ya habían sucedido, el exilio acabada de pasar. Por lo tanto este es el tiempo de la reflexión de cara a los acontecimientos vividos: “*¡Regresa a Yahvé tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma!*” (30,10b). He aquí la súplica central del pasaje.

Por lo tanto “Regresar” – “Convertirse”. Pero no como un niño castigado a quien no le queda más remedio que someterse a sus papás. ¡No! Volver con entusiasmo, porque se trata ante todo del honor de Dios y la felicidad del hombre. La Ley no fue dada para esclavizarnos sino para liberarnos. Como dice el libro del Eclesiástico: “*Pues adorno de oro es su yugo, y sus cadenas cordones de jacinto; como vestidura de gloria te la vestirás, te la ceñirás cual corona de júbilo*” (6,30-31).

Esa Ley, que es fuente de vida, no hay que buscarla lejos, en lugares exóticos, a otros continentes (30,13) y ni siquiera en el cielo (30,12). Ella está sobre la tierra, al alcance de la mano (30,10). Dios se la dio generosa y gratuitamente a su pueblo. Entonces es suficiente abrir la Biblia, leer y meditar sus enseñanzas. Así de simple. Hay que escuchar la Palabra de Dios viviente y poner cada una de sus palabras en la boca primero y luego hacerla descender hasta el corazón. Con este impulso de vida que viene del corazón, pasamos entonces a ponerla en práctica (30,14).

Salmo responsorial: Salmo 19,8-11 (18 en la versión litúrgica)

La respuesta está tomada del v.9^a: “*Los preceptos del Señor son rectos, gozo del corazón*”.

En las estrofas de este Salmo (que oramos en su segunda parte), vemos como el orante ilustra la frase del Deuteronomio que acabamos de leer: “*La Palabra está en tu boca*” (Dt 30,14).

Entonces comienza a cantar la belleza de la Palabra de Dios. Para ello busca todos los sinónimos posibles: “*ley*”, “*dictamen*”, “*preceptos*”, “*mandamiento*”, “*juicios-decisiones*”.

Igualmente busca adjetivos calificativos de la Palabra de Dios: “es *perfecta*”, “*veraz*”, “*recta*”, “*clara-límpida*”, “*pura*”, “*verdadera*”, “*justa*”, “*apetecible*”, “*dulce*” o “*sabrosa*”.

Con todo ello se están procurando describir los efectos benéficos que tiene la Palabra de Dios en quien se abre a ella. Todo se resume en una sola idea: la Palabra de Dios es fuente de vida, así como es el sol para la clorofila de las plantas (ver la primera parte del Salmo vv.2-7: un himno al sol).

Pero, ¿de qué manera vivifica? Ella vivifica transmitiendo sabiduría. En el lenguaje bíblico esto significa ante todo una aptitud para orientar bien la propia vida, para tomar decisiones acertadas. Ella es “*luz de los ojos*” (v.9), por lo tanto clarifica el proyecto de vida. En fin, la Ley es fuente de vida y de inmensa alegría para hombre porque en su origen está en el Señor, Él es justo en todas sus cosas y no desea otra cosa que el bien de su pueblo.

Segunda lectura: Colosenses 1,15-20

Este pasaje nos pone ante una inmensa realidad: la primacía, el señorío de Cristo sobre todos los seres espirituales, superiores y celestes que podrían ser sus rivales. Tengamos presente que aquí Pablo no está preocupado por explicarnos cuál es la identidad ni la forma de dichos seres espirituales sino quiere mostrar que ellos tienen poder, esto se verifica en la influencia en los seres humanos (1,16).

Los discípulos de Jesús en Colosas que seguían apegados a un esquema de angelología propia del judaísmo, ¿no estarían negando la primacía de Cristo? Se puede pensar que toda la carta a los Colosenses estaría atravesada por esta pregunta: ¿Si o no, Cristo es el único mediador que nos ha dado todo?

Mucho más que el itinerario de solidaridad, de amor, de glorificación de Cristo, este pasaje subraya su primacía eterna sobre todo lo creado. Antes de esta carta que estamos leyendo no encontramos que nunca se hubiera dicho semejante afirmación: que Jesús-Cristo “*es la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia*” (1,18). Por lo tanto, se proclama que en Él está la primacía total sobre la Iglesia, Él es el Señor de la Iglesia, así como la cabeza gobierna el cuerpo.

La mirada se concentra finalmente en la muerte de Jesús. La Cruz es el acontecimiento decisivo por el cual la “*reconciliación*” y la “*pacificación*” universales ya están en marcha en el mundo a partir de la Iglesia: en Jesús, cabeza de la Iglesia, Dios nos ha dado todo definitivamente.

(J.S. y F.O.)

Anexo 3

Para los animadores de la celebración dominical

I

En la parábola de este domingo es importante subrayar su actualidad. No olvidemos que estamos todos en camino de Jerusalén, siguiendo a Cristo. De la parábola resulta una ética cristiana en la cual podemos distinguir tres tiempos indisociables e imprescindibles: ver, compadecerse y actuar.

II

Los Padres de la Iglesia, desde Clemente de Alejandría, identificaron al buen samaritano con Jesús. Con base en esto, la homilía podría pasar de la exhortación moral a la alabanza a Cristo, sirviéndose, especialmente, del entusiasmo hímico de la segunda lectura. La homilía puede también apoyarse en el magnífico prefacio común VIII, de uso recomendado en este domingo, que tiene como título “Cristo, el buen samaritano”.

III

En algunos lugares están en vacaciones o las están terminando. Donde la afluencia de turistas es significativa, se puede justificar un gesto especial de acogida y simpatía.

IV

Para los lectores.

1ª Lectura. Es notoria la estructura literaria de la primera lectura: “Escucharás... y con toda tu alma” – es una primera sección. El resto del texto es la segunda sección. Esta segunda parte tiene dos subsecciones: “No está en el cielo...”, “No está más allá de los mares...”. Termina como comienza: primero de forma negativa (“Este mandamiento...”), después, afirmativamente, (“Esta palabra...”). Procure siempre poner el interrogante al comienzo de la frase.

2ª Lectura. La segunda lectura es un poema difícil de leer: frases largas (respiración y sintaxis), palabras difíciles, enumeraciones, etc. Ponga atención al escoger el lector.

(V. P. – F. O.)

Anexo 4

Para prolongar la meditación y la oración

Actuar como Buen Samaritano (Lc 10,25-37)



Imagen tomada de www.labibliaweb.com/images/Buen-samaritano.jpg

“¿Cuando te escucho, Jesús,
me transformo,
hago oración,
y termino actuando
como un hijo del Padre
hacia mis hermanos?
Tu Palabra es fuerza
abriendo mi corazón
para ofrecerse al prójimo,
en todo momento,
a la manera
del buen samaritano”

(Franck Widro)